

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

amigo, Goldy" ...y alguna golosina. Nieguen saber cómo llegaron la golosina y la nota hasta allí.

(h) Si Nigel pronuncia frases de autodesvalorización tales como : "Soy demasiado tonto para alimentar a Goldy", respondan: "Debes ser tonto por decir que eres tonto. Realmente me encantó cuando... (recuérdense que fue él quien inició la actividad de tener un pez y cuidarlo). Ahora deja de ser tan tonto". No digan más nada y continúen haciendo cualquier otra tarea.

(i) Por favor, anoten cada una de sus "evasiones" (encerrarse en su cuarto, por ejemplo).

Registren:

(1) la secuencia de sucesos que lo llevaron a retirarse. Incluyan lo que ustedes (o cualquier otra persona) hayan hecho;

(2) cuánto duró;

(3) cuántas veces ocurrió.

Sinceramente, D.E.

Tres semanas después, la señora R me informó que la carpa de oro había constituido "un gran éxito". Nigel mostró un interés vehemente por el pez, de modo que le habían regalado otro. Jarred se mantuvo "alejado". La madre estaba encantada con el comportamiento de Nigel, pero conservaba sus temores respecto del regreso a la escuela.

Volví a ver a la familia R un mes después. Nigel no se había encerrado en su dormitorio en ninguna ocasión. La escuela informó que allí todos estaban sorprendidos por el excelente rendimiento de Nigel. Además el niño se había ofrecido voluntariamente a leerles cuentos a sus hermanitos menores (de 5 y 3 años). Concentramos la sesión en "los aspectos positivos" de Nigel y Jarred, desde un punto de vista que nos permitió marcar las distintas personalidades de los dos muchachitos. Luego colaboramos para establecer las siguientes tareas que debían cumplir el señor y la señora R. Ellos aceptaron que debían intervenir cada vez que Jarred hiciera algo que le correspondía realizar a Nigel. Además alentarían a Nigel para que iniciara nuevas actividades y las completara. También le enseñarían cómo resolver problemas basándose en la idea de "detenerse y pensar" y lo guiarían para que el propio Nigel pudiera poner a prueba sus ideas espontáneas en situaciones reales. Los logros ya obtenidos les dieron a los padres una gran seguridad y les permitieron tener confianza en el futuro de ese hijo y en el de toda la familia.

El caso del vigilante nocturno*

La señora N llegó a mi consultorio con su hijo de 12 años, Roger, un muchachito robusto y atlético. La preocupación de la señora N consistía en que el jovencito se pasaba todas las noches a su cama. La cuestión había llegado a inquietarla, de modo que ya había consultado con el médico clínico de la familia, quien le había prescrito a Roger, fenobarbitone. Aunque el médico había insistido en que el niño no debía abandonar la medicación, después de una semana de no observar ningún efecto, la madre había decidido suspenderla. La señora N caracterizó a Roger como un niño "nervioso durante las noches", siempre temeroso de que alguien los asaltara y lo matara. Cada noche insistía en que su madre registrara debajo de su cama, en el guardarropa de él, en el guardarropa de ella y en cualquier otro sitio de la casa donde pudiera esconderse un intruso. "Cuando estaba muy cansado", Roger siempre se había colado en la cama de sus padres. Pero hacía cuatro meses que los padres se habían separado y desde entonces, todas las noches, Roger aparecía en la cama de su mamá. La solución que había intentado la señora N fue tratar de convencer a su hijo de que sus temores no eran razonables. Por lo demás, se describió a sí misma como "una madre blanda". Si se ponía firme, de todos modos, Roger regresaba a hurtadillas y cuando la madre se despertaba lo encontraba en su cama.

La señora N también se manifestó preocupada por la "histeria" de Roger. Si la madre se negaba a llevarlo a algún lado o no aceptaba sus reclamos de dinero, Roger "tenía arranques de cólera, se golpeaba la cabeza y gritaba histéricamente". Según ella misma me confesó, desde la separación, había tratado de darle el doble de amor, pero notaba que desde entonces los berrinches también se habían duplicado en intensidad y duración. La señora N también se quejó de que Roger tenía dificultades para levantarse por las mañanas o más precisamente a ella le costaba levantarlo. De modo

*Publicado en *Australian Journal of Family Therapy*, 4, 2, 1983, págs. 123-124.

que había decidido asegurarse de dejarle todo preparado, incluso listas escritas a máquina. Sólo muy recientemente había dejado de consultar al médico de la familia por las constantes quejas somáticas que, como un rito, Roger repetía cada mañana.

Aparentemente gran parte de las negociaciones de la separación de los padres habían tenido a Roger como árbitro. Al principio el niño se había negado a aceptar la separación, de modo que ellos le habían asegurado que no se separarían. Pero luego, el padre le había solicitado su autorización y finalmente Roger había consentido en aceptarla.

Escuché atentamente a la señora N y le di todo el tiempo necesario para que ella pudiera relatarme detalladamente su historia y describirme los problemas desde su punto de vista y las soluciones que había intentado aplicar. En todo su relato estuvo implícito un constante llamado a la sensatez de Roger respecto de sus temores de ser asesinado. Lo único que le pregunté a la señora N fue por qué creía ella que Roger tenía miedo de que alguien entrara en la casa y lo matara. Ella me contó que el niño había leído una noticia semejante en el periódico. Me volví hacia Roger y le dije que no podía continuar si no obtenía alguna información sobre su "fuerza". "¿Te someterías a un test de fuerza?" El muchachito me respondió que no tenía inconveniente en hacerlo y se mostró sorprendido cuando lo desafié a una pulseada. El ambiente era el de una solemne ceremonia, con la debida consideración por el procedimiento y las reglas exigidas a cada competidor. Roger parecía algo confundido por el marco de referencia poco ortodoxo que yo le ofrecía a sus "problemas", pero tenía un aspecto mucho más distendido. Traté de provocar una atmósfera hipnótica cediendo un poco cada vez que sentía que él se exigía al máximo y comentando confidencialmente: "Realmente eres... muy fuerte... puedo sentir tu fuerza *ahora*... es tu fuerza contra la mía... y pareces tener gran potencia". Al terminar la prueba reconocí su "fuerza", pero gradualmente fui torciendo su brazo para demostrarle, con respeto, que aun así yo era el más fuerte. Le agradecí su participación en la prueba y le comuniqué los "resultados" a la madre: "¡Roger es realmente fuerte para la edad que tiene!"

Establecido esto, ya pude hablar con Roger sobre temas tales como registrar la casa de noche y preguntarle por dónde podía entrar un intruso y dónde podía esconderse. Cada vez que Roger mencionaba una posibilidad, yo la anotaba y sugería otra: "Si fuera un bromista podría agazaparse detrás del aparato de televisión, de modo que sería conveniente que también registres allí". Pronto obtuve lo que Erickson llamó una prueba benévola (Haley, 1973) y que yo llamé La Lista de Registro del Vigilante Nocturno.

Luego le pedí a Roger que me mostrara su "histeria". Como el muchacho se negara, yo comencé a saltar, a sacudir la cabeza de un lado a otro, a patear las paredes de un modo ambiguo entre bromista y serio, mientras le comentaba que unos días antes había visto a un niño de cuatro o seis años con uno de

esos arranques. Roger se negó firmemente a reconocer ningún parecido entre su "histeria" y la que yo había representado. Ya serio, le dije que, evidentemente, a él le acometía una rabia *ciega* y que por ello no podía ver lo que estaba haciendo; lo cual era muy comprensible. A fin de poder "ver" esa cólera ciega, debía pedirle a su madre que lo ayudara colocándole un espejo por delante o llevándolo ante un espejo grande cuando tuviera esos arranques. Le expliqué a Roger que yo necesitaba ver uno de sus ataques de histeria antes de que la Clínica considerara cuál era el mejor "tratamiento".

Le agradecí a Roger su cooperación y rápidamente comencé a reflexionar en voz alta sobre la necesidad que tenía la familia de un "vigilante nocturno". Nombré a Roger para que realizara ese "trabajo de hombre" y a su madre como "supervisora del trabajo". Les dije a ambos que luego les enviaría por carta la descripción del trabajo. Luego acompañé apresuradamente a la madre y al hijo hasta la puerta de mi consultorio sin hacer ningún otro comentario y me despedí cariñosamente de ellos.

Le envié a Roger la siguiente carta:

Querido Roger:

Como convinimos, desde hoy, eres el vigilante nocturno de tu familia. Es un trabajo de hombre y creo que podrás hacerlo. Mudarse a una nueva casa, especialmente sin el padre, es una experiencia perturbadora para cualquiera y puedo comprender muy bien por qué sueles ponerte nervioso de noche.

Tus deberes son los siguientes:

Horario: Debes registrar la casa según este horario:

1. Antes de ir a dormir.

2. Después, cada dos horas; tu madre te prestará su reloj despertador para que puedas cumplir con tu trabajo.

Procedimiento:

1. Tu mamá y tu hermana deberán mantener las puertas de sus dormitorios cerradas.

2. Deja encendida la luz de tu mesa de noche.

3. Enciende todas las luces y controla tu lista de registro (consulta la lista que elaboramos juntos). Un buen vigilante nocturno es muy concienzudo en su trabajo.

4. Apaga todas las luces. El costo de la electricidad acaba de aumentar el 42 % y es muy caro. Sé parco, de ese modo ayudarás a tu familia a ahorrar.

5. Las casas de madera hacen muchos ruidos durante la noche. Tu tarea más importante será identificar de dónde provienen dichos ruidos y qué los produce, por ejemplo, las vigas del ático que rechinan, un automóvil que pasa, etc.

6. Deberás informar a tu supervisor —tu madre— y mostrarle que has controlado todos los lugares mencionados en tu lista y que has identificado todos los ruidos. Entonces le dirás: “Todo marcha bien”. Luego volverás a la cama y pondrás en hora el reloj despertador para el próximo recorrido.

7. Si un perro ladra, también deberás levantarte y verificar qué ocurre.

8. Por la mañana deberás levantarte a la hora en que habitualmente lo haces y hacer un último registro general. Ya no te preocupes por controlar tu lista.

Sé que este es un trabajo muy pesado para un niño de 12 años, pero recuerda que ahora tú eres el hombre de la casa.

La señora N me telefoneó al día siguiente del primer intento y me preguntó si ella debía registrar la casa junto con Roger como él pedía (ella había accedido a las demandas de su hijo). Le recordé entonces que un vigilante nocturno vigila y que un supervisor, supervisa y que ella no debía hacer la tarea asignada a su hijo.

Tres semanas después vi a la señora N y a Roger junto con Andrew James (instructor especialista del Hospital Nacional de Mujeres). La señora N nos informó que Roger había permanecido en su cama todas las noches y que había perdido interés por registrar la casa. Andrew lo felicitó por dormir solo; yo, en cambio le expresé una considerable desaprobación, porque sólo había hecho la mitad del trabajo. Luego le pedí que esperara en la habitación contigua y continuamos la entrevista con la señora N únicamente. Esta nos confesó que “estaba agotada y harta” de tener que hacer todo por él. Analizamos la necesidad que tenía Roger de “practicar la independencia” y el “martirio” que eso implicaba para ella. Insistimos mucho en hablar de la relación supervisor/vigilante nocturno, es decir, maestro/alumno. Le pregunté luego por qué ya no me hablaba de la “histeria” de su hijo y la señora N me confesó que al salir de la primera entrevista Roger le había dicho: “No pienso mostrarle a ese cretino uno de mis arranques de furia” y que desde entonces no había tenido ningún berrinche. Poco después la señora N me telefoneó y me comunicó que la relación con su marido estaba en vías de reconciliación y que ambos estaban planeando volver a vivir juntos. Después ya no pude encontrarlos. Sospeché que se habían mudado a otra ciudad escapando de la trampa trigeracional de los padres de la señora N que, precisamente, habían venido a vivir cerca de ellos para vigilar al yerno después de la separación.

Referencia bibliográfica

Haley, J. 1973, *Uncommon Therapy: The psychiatric techniques of Milton Erickson, M. D.*, W. W. Norton, Nueva York.

30

El retorno de Marisa

El 5 de julio, consideré que ya era tiempo de comenzar a preparar esta conferencia sobre el tema de “pautas de experiencia”. Mi intención fue continuar el concepto que tanto me atrajo sobre que “en un sentido significativo... vivimos a través de relatos, tanto cuando narramos como cuando elaboramos el sí mismo”.¹ De acuerdo con Hardy, “soñamos mediante relatos, soñamos despiertos mediante la narrativa, recordamos, anticipamos lo que va a suceder, esperamos y desesperamos, creemos y dudamos, planeamos, reconsideramos, criticamos, construimos, murmuramos, aprendemos, odiamos y amamos, mediante la narrativa”.² Las preguntas que yo me formulaba eran: ¿Cómo puede uno apartar e identificar los sucesos y episodios del flujo de la experiencia vivida? ¿Cómo pueden traducirse tales sucesos en forma de relatos? ¿Cómo puede garantizarse la experiencia narrada? ¿Uno narra su propia historia o ésta ya está narrada? ¿Qué puede pasar con una persona cuya historia es incontable o inefable? Y si consideráramos las vidas de las personas como “textos”, ¿cuál sería la diferencia entre ser un “lector” o un “autor”? Cada vez que me formulé estas preguntas no puedo evitar recordar mis dos encuentros con Marisa. Algunos de ustedes quizá conozcan a Marisa a través del artículo que publiqué en *Family Therapy Case Studies*, 1, 1, en julio de 1986, titulado “Escribir la propia historia”.

Al día siguiente recibí una llamada telefónica de Marisa. No podía dar crédito a mis oídos. Marisa comenzó la conversación muy dubitativa preguntándome si, tras los cuatro años y medio que habían transcurrido desde nuestro encuentro, yo aún la recordaba. Le repliqué: “¿Cómo podría olvidarme de ti, si tú cambiaste el curso de mi trabajo? A decir verdad, últimamente he pensado mucho en ti”. “¿De veras? Realmente estoy sorprendida”, respondió. No pude contener mi curiosidad por más tiempo y le pregunté: “¿Por qué me llamas?” Marisa me respondió que había pensado que quizás a mí me interesara saber que, después de cuatro años y medio, sencillamente había quemado las “cartas”. Entonces la invité a que volviéramos a reunirnos y ella, generosamente, aceptó mi invitación.

Pero antes, permítaseme retroceder cuatro años y medio a fin de que pueda contar cómo se escribió la historia de Marisa...